

EL ABOGADO DE LOS ABOGADOS
(S.F.)

De Tradiciones Peruanas Completas
Por Ricardo Palma (1833-1919), el mejor escritor
peruano de tradiciones

Cuentan que el Señor no miraba con poca ni mucha simpatía a los leguleyos, prevención que justificaba el que siempre que uno de éstos tocaba a las puertas del cielo no exhibía pasaporte tan en regla que autorizase al portero para darle entrada.

Una mañana, con el alba, dieron un aldabonazo. San Pedro brincó del lecho, y asomando la cabeza por el ventanillo, vio que el que llamaba era un viejecito acompañado de un gato.

—¡Vaya un madrugador! —murmuró el apóstol, un tanto malhumorado—. ¿Qué se ofrece?

—Entrar, claro está —contestó el de afuera.

—¿Y quién es usted, hermanito, para gastarse esos bríos?

—Ibo, ciudadano romano, para lo que usted guste mandar.

—Está bien. Páseme sus papeles.

El viejo llevaba estos en un canuto de hojalata, que entregó al santo de las llaves, el cual cerró el ventanillo y desapareció.

San Pedro se encaminó a la oficina donde funcionaban los santos a quienes estaba encomendado el examen de pasaportes, y hallaron tan correcto el del nuevo aspirante, que autorizaron al portero para abrirle de par en par la puerta.

—Pase y sea bienvenido —dijo.

Y el viejecito, sin más esperar, penetró en la portería, seguido del gato, que no era maullador, sino de buen genio.

Fría, muy fría estaba la mañana, y el nuevo huésped, que entró en la portería para darse una mano de cepillo y sacudir el polvo del camino, se sentó junto a la chimenea, con el animalito a sus pies, para refocilarse con el calorcillo. San Pedro que siempre fue persona atenta, menos cuando la cólera se le sube al campanario, que entonces hasta corta orejas, le brindó un matecito de hierba del Paraguay, que en las alturas no se consigue un puñadito de té ni para remedio.

Mientras así se calentaba, interior y exteriormente, entró el vejezuelo en conversación con su merced.

THE LAWYERS' LAWYER
(S.F.)

From Complete Peruvian Traditions
By Ricardo Palma (1833-1919), Peru's greatest
master short story teller
*Translated from the Castilian by José Muñoz-
Figuerola*

People say that the Lord did not have either little or great sympathy for the pettifoggers. His decision justified the porter's attitude in not allowing into heaven anybody who knocked on its doors and did not have his or her passport in order.

One morning, at dawn, someone gave a loud bang on the door with a knocker. St Peter jumped out of bed and, peering through the little window, saw an elderly man escorted by a cat.

'What a reveller,' muttered the apostle, somewhat ill-tempered, 'what do you want?'

'To get in, of course,' answered the man outside.

'And who are you, little brother, to be so supercilious?'

'Ibo, a Roman citizen, to help you in anything you may need.'

'Right-it-oh. Pass me your identification documents.'

The old man had these papers inside a tin tube. He gave them to the saint janitor, who closed the little window and disappeared.

St Peter went into the office where the other saints worked and who were in charge of examining the passports. Having found the newcomer's passport correct, the officers authorised the doorkeeper to leave the door wide open for the visitor.

'Come in and welcome,' said the apostle.

The elderly man waited no more. He entered the doorman's office, followed by the cat, which was not a meower but a well behaved creature.

The morning was very, very cold indeed, and the new guest, after having brushed and dusted his clothes of all the dust collected during his trip, sprawled in the chair by the chimney to get a bit warmer. The little animal was near the old man's feet. St Peter who was always a courteous person, except when his anger rose up to his head, in which case he could even cut one's ears, offered him a cup of little maté herb from Paraguay, for up in heaven one cannot find it, let alone a small handful of tea not even for remedy.

As he was being warmed up, inside and outside, the little old man started to chat with his worship.

—¿Y qué tal en esa portería?

—Así, así —contestó lacónicamente San Pedro—; como todo puesto público, tiene sus gangas y sus mermas.

—Si no está usted contento y ambiciona destino superior, dígamelo con franqueza, que yo sabré corresponder a la amabilidad con que me ha recibido, trabajando y empeñándome para que lo asciendan.

—¡No, no! —se apresuró a interrumpir el apóstol—. Muy contento y muy considerado y adulado que vivo en mi portería. No la cambiaría ni por un califato de tres colas.

—¡Bueno, bueno! Haga usted cuenta que nada he dicho. Pero ¿está usted seguro de que no habrá quien pretenda *huaripampearle* la portería? ¿Tiene usted título en forma, en papel timbrado, con las tomas de razón que la ley previene, y ha pagado en tesorería los derechos de título?

Aquí San Pedro se rascó la calva. Jamás se le había ocurrido que en la propiedad del puesto estaba como pegado con saliva, por carencia de documento comprobatorio, y así lo confesó.

—Pues, mi amigo, si no anda usted vivo, lo *huaripampean* en la hora que menos lo piense. Felicítese de mi venida. Déme papel sellado, del sello de pobre de solemnidad, pluma y tintero, y en tres suspiros le emborrono un recursito reclamando la expedición del título; y por un *otrosí* pediremos también que se le declare la antigüedad en el empleo para que ejercite su acción cuando fastidiado de la portería, que todo cabe en lo posible, le venga en antojo jubilarse.

Y San Pedro, cinco minutos después puso el recurso en manos del Omnipotente.

—¿Qué es esto, Pedro? ¿Papel sellado tenemos? ¡Qué título ni qué gurrumina! Con mi palabra te basta y te sobra.

Y el Señor hizo añicos el papel, y dijo sonriendo:

—De seguro que te descuidaste con la puerta, y tenemos ya abogado en casa. ¡Pues bonita va a ponerse la gloria!

Y desde ese día los abogados de la tierra tuvieron en el cielo uno de la profesión; esto es, un valedor y patrón en San Ibo, el santo que la Iglesia nos pinta con un gato a los pies, como diciéndonos que al que en pleitos se mete, lo menos malo que puede sucederle es salir arañado.

Ello es que hasta el pueblo romano, al saber que al fin había conseguido un abogado entrar en la corte celestial, no dejó de escandalizarse, pues en las fiestas de la canonización de San Ibo cantaron los granujas:

‘How are you going as a porter?’

‘So, so,’ said St Peter curtly, ‘as in every government job, it has its ups and downs.’

‘If you aren’t happy and are expecting a deserved promotion, tell me frankly about it; I’ll return my gratitude for your kindness in allowing me to get in up here, by working and endeavouring up to the hilt so that you can be promoted.’

‘No, no,’ suddenly interrupted the apostle, ‘I happily live here and am well considered and extolled in my job. I wouldn’t change it, not even for a three-tailed caliphate.’

‘Well, well!’ Just ignore what I said, but are you sure that there is nobody who may want to *usurp* your job? Have you got a formal letter of appointment on official form, bearing the official seal that meets all the legal regulations, and have you paid the rates in respect of the official appointment?’

Presently, St Peter scratched his bald head. Never had he imagined that as far as his job was concerned, he was stuck to it as if it were with saliva, for he did not have a proven letter of appointment. Thus, he confessed it, or did he?

‘Then, my friend, if you aren’t alert, someone might *knock off* your job when you least expect it to happen. Congratulate yourself that I came up. Give me a self-stamped official application form that bears the minimum tax stamps as those used by the poor and a pen and an inkwell. In no time, will I scribble a petition for you requesting your formal letter of appointment. Furthermore, we’ll ask for recognition of your long service so that you can retire at your whim if you get sick and tired of your job, for anything may happen.’

And five minutes later, St Peter handed over his petition to the Almighty.

‘What’s this, Peter? There you come with a self-stamped official application form! What nonsense! My word is all what you need and that is more than what you want.’

And the Lord tore the paper into pieces and said smiling, ‘For sure, you overlooked the control of the main door, and, now, we have a lawyer at home already. From now on, you can imagine the troubles we’ll have in store in heaven.’

And since that day, the lawyers on earth have got a colleague representative up in heaven, that is, a protector and a patron: St Ibo; that saint depicted by the Church with a cat at his feet, as though we were told that who gets into trouble, the least gruesome that might happen to him is to appear scratched.

Such was the story, that even the Romans, knowing that a lawyer had, at last, managed to enter the domains of heaven, were outraged, for during the festivities to canonise St Ibo, the scoundrels sang:

Advocatus et sanctus?
Res miranda pópulo?

Advocatus et sanctus?
Res miranda pópulo?